

Las (in)visibles trazas de la esclavitud en las ciudades del mundo atlántico

Jochen Kemner

■ Doi: 10.54871/ca25ms11

*If we read a city carefully enough, it will tell us about our past.
Just like a book on a library shelf or a document on an archive
box, monuments, architecture, and cities are evidence of history*

(Bevan, 2022)

Introducción

Aunque la inmensa mayoría de la población esclavizada en las Américas vivía, trabajaba y moría en el mundo rural, principalmente en las plantaciones que producían azúcar, algodón, índigo, café y tabaco, la esclavitud también dejó sus huellas en las zonas urbanas de todo el continente y las islas del Caribe: Baltimore, Buenos Aires, Cartagena, Charleston, La Habana, Kingston, Lima, Nueva Orleans, Nueva York, Recife, Río de Janeiro, Salvador de Bahía, Santiago de Cuba, Veracruz, y muchos más (Ellis, 2017; Quiroz Chueca, 2016). Estas y muchas otras ciudades coloniales y poscoloniales dependían entre los siglos XVI y XIX en gran medida de la mano de obra y los servicios de africanos esclavizados y sus descendientes. Antes de la prohibición del comercio transatlántico de esclavos, los

trabajadores forzados africanos solían ser desembarcados y vendidos en estas ciudades portuarias. Aunque la mayoría de ellos y ellas eran trasladados al campo, para trabajar en la agricultura y la minería, un número considerable permaneció en las zonas urbanas, donde eran empleados como sirvientes domésticos, trabajadores manufactureros, cargadores y en todo tipo de trabajo del sector de los servicios que requerían las ciudades. En muchos casos, los esclavizados vivían bajo el mismo techo que sus amos y compartían –al menos en algunos casos– el mismo espacio social urbano.

Así pues, quedó patente que la esclavitud ha dejado su impronta en las ciudades de toda América. Pero también en Europa hay huellas notables del comercio transatlántico con seres humanos, tanto en las capitales como en ciudades portuarias como Liverpool, Bristol, Nantes, Burdeos, Cádiz o Barcelona, así como en ciudades secundarias en el *Hinterland*, donde se producían las mercancías que abastecían el comercio de esclavos y otros productos, manufacturados con materiales importados de las economías de plantación.

A pesar de que el comercio de esclavos y la propia esclavitud han sido una característica demográfica, social, cultural y económica en el mundo atlántico durante siglos, este pasado ha sido excluido durante mucho tiempo de los procesos de memorialización. Intencionalmente olvidadas, invisibilizadas, silenciadas o destruidas después de la abolición, no fue hasta finales del siglo XX cuando surgieron prácticas de conmemoración que se esforzaron por reinscribir el pasado esclavista en los espacios públicos de estas ciudades del atlántico negro (Araujo 2010 y 2012; Hamilton et al., 2012; Rice, 2012; Bordin y Scacci, 2015). Esto abarca el descubrimiento de sitios históricos en el marco de excavaciones arqueológicas como cementerios, sitios de desembarco de las naves negreras y mercados donde se realizaron las subastas y ventas de los esclavizados, pero también la creación de espacios conmemorativos como museos, exposiciones o monumentos. Además, en la actualidad se plantean interrogantes sobre como las ciudades (y sus habitantes) se beneficiaron de la esclavitud y la trata de esclavos: dan testimonio de esta

otra cara del tratamiento del pasado histórico los edificios señoriales y fábricas levantados por antiguos comerciantes involucrados en la trata de esclavos y propietarios de grandes plantaciones; así como monumentos y nombres de calles que honran a personas que participaron en la esclavitud y la trata de esclavos pero que, sin embargo, fueron considerados durante mucho tiempo miembros respetados y venerados de sus sociedades, debido en muchos casos a obras benéficas y otros actos de filantropía.

Podemos partir de la afirmación de que muchas ciudades a ambos lados del Atlántico, en América del Norte y del Sur, en el Caribe y en Europa, están moldeadas por procesos complejos y a veces contradictorios de políticas de la memoria de su pasado esclavista: por un lado, se han multiplicado las iniciativas para conmemorar y rendir homenaje a las víctimas de la violencia y las atrocidades de la esclavitud y la trata de esclavos en el espacio público, al mismo tiempo, sin embargo, como se muestra en la contribución de Urs Lindner y Sarah Lentz en este volumen, persisten todavía homenajes y veneraciones de los perpetradores. ¿Hay buenas y malas conmemoraciones? ¿Debe purgarse el espacio público de los “perpetradores” para rememorar nada más a las “víctimas”? ¿Qué hacer con los vestigios de la época de la esclavitud en las ciudades?

Estas son algunas de las cuestiones que se plantean en relación con las políticas de memoria de la esclavitud en los espacios urbanos. Este capítulo propone reflexionar sobre cómo se visualiza y conmemora la esclavitud en el siglo XXI en América y Europa. ¿Como se inserta el tema de la esclavitud en los debates sobre las políticas de memoria y qué actitudes prevalecen para preservar –o silenciar– esta historia? A partir de estas ideas presentaré varias iniciativas de representaciones artísticas, de musealizaciones y de rescate de vestigios históricos para explorar qué tipo de experiencias se rememoran y cómo se entrelazan las múltiples realidades de esclavizados y esclavistas en contextos diferentes a lo largo del mundo (trans)atlántico. Todo esto sirve para hacer un balance del

trabajo memorialístico sobre la esclavitud al final del Decenio Internacional para los Afrodescendientes (2015-2024).

La esclavitud como tema de la cultura del recuerdo

En años recientes, la cuestión de cómo afrontar un pasado de experiencias traumáticas, a menudo relacionadas con la violencia política (asesinatos, desapariciones, torturas, desplazamientos forzosos, secuestros, etc.) se ha convertido en un tema de gran relevancia política y social en muchas partes del mundo. Se han promovido grandes movilizaciones y se pusieron en marcha importantes procesos organizativos en torno a los movimientos de Derechos Humanos. Si bien hasta finales de los años noventa, la posición “pasar página” para poder “mirar hacia el futuro” contaba con un gran apoyo político, poco a poco surge y se ha impuesto la posición de que existe un “deber de memoria” para afrontar el pasado violento y construir un futuro de paz con respeto a los Derechos Humanos (Assmann, 2013). Probablemente en ninguna otra región este proceso está más extendido que en el continente americano. De hecho, América Latina se ha convertido en una referencia central en lo que se refiere al abordaje de la memoria pública de acontecimientos históricos dolorosos. Además, simultáneamente al “boom de la memoria” en América Latina, los estudios sobre la memoria en la región también han experimentado una coyuntura favorable. A inicio del nuevo milenio y a partir de la experiencia de las dictaduras militares, numerosos e influyentes trabajos realizados en distintas disciplinas y desde varios países de la región, han contribuido al desarrollo de estos estudios, tanto desde la reflexión teórico-conceptual como desde la investigación empírica (entre otros Huyssen 2002; Jelin 2002 y 2017; Sarlo 2005; Pollok/Silva Catela 2006).

En este contexto emerge y se inserta también la cuestión de la memoria del pasado esclavista que ha marcado muchas sociedades

latinoamericanas y caribeñas. Abordar la historia de la esclavitud en las Américas significa reconocer que existe un importante legado de injusticias históricas que durante demasiado tiempo ha permanecido oculto y silenciado. La esclavitud institucionalizada y legal, que desde el siglo XVI hasta bien entrado la segunda mitad del siglo XIX fue una forma dominante de trabajo en casi todas las Américas, desde Terranova hasta la Patagonia, y que alcanzó su máxima expresión en las sociedades de plantación del área Circuncaribe, no es en absoluto un hecho del pasado, ligado a la experiencia colonial. Aunque los Estados nación poscoloniales y posabolicionistas que surgieron tras las Independencias no demostraron ninguna voluntad de reconocer y asumir la responsabilidad para afrontar estas injusticias, el tópico ha alcanzado un nuevo significado en el siglo XXI.

Después de un largo tiempo de silenciamiento y olvido desde que se abolió la esclavitud en los últimos territorios de las Américas (Estados Unidos 1865, Cuba 1880/86, Brasil 1888), a finales del siglo XX surge un nuevo interés en rescatar esta historia que conecta el colonialismo y la explotación laboral en las Américas con Europa y África. El tema ha entrado en diferentes círculos de debate internacionales: desde instituciones supranacionales hasta organizaciones no gubernamentales y activistas políticos, pero también han dado un nuevo impulso a investigaciones académicas en muchas partes del mundo.¹ Lo que durante mucho tiempo ha sido un debate entre especialistas, principalmente entre historiadores, integrando a otros científicos sociales, economistas y arqueólogos, que rara vez estimuló las discusiones públicas, ha captado la atención de activistas sociales, políticos, periodistas, intelectuales y otros

¹ *Slavery & Abolition*, la revista internacional más prestigiosa dedicada a estudiar la esclavitud edita cada año un suplemento bibliográfico de nuevas publicaciones sobre la temática. Desde que apareció como sección particular en 2005, el tema de la memoria y los legados de la esclavitud se ha convertido en la temática que más ha crecido año tras año, mostrando el aumento del interés en estudiar estas cuestiones.

agentes que participan en los discursos públicos, creando diferentes sitios de impugnación.

A partir del debate sobre las indemnizaciones para los supervivientes del trabajo forzoso impuesto por el Nacionalsozialismo que resurgió en Alemania en los años noventa, la cuestión de cómo abordar la culpa histórica y la justicia reparadora ha trascendido las fronteras disciplinarias entre los científicos sociales que se ocupan de las sociedades contemporáneas y los historiadores que estudian los sucesos del pasado. ¿Basta con que los representantes de los gobiernos de turno reconozcan los crímenes del pasado, expresen su remordimiento en discursos públicos en lugares históricos, como hicieron políticos como Bill Clinton, George W. Bush, Tony Blair o Luiz Ignacio da Silva en la isla de Gorée o el papa Juan Pablo II? ¿Qué otras reivindicaciones para reparar estas injusticias se discuten y ya (o por fin) se están llevando a cabo? (Berg, 2009; McCarthy, 2002; Rauhut, 2021)

Como suele ocurrir, los aniversarios suelen servir de catalizadores para nuevos abordajes y a menudo generan debates públicos. Primero de forma modesta en espacios nacionales, como en el caso de la conmemoración en Brasil del centenario de la abolición de la esclavitud en 1988, o el 150 aniversario del fin de la esclavitud en el dominio francés en 1998 que llevó a la proclamación de la “Ley Taubira” que declaró la trata transatlántica y la esclavitud como crímenes de lesa humanidad (2001). A partir de los bicentenarios de la Revolución Haitiana (1804/2004) y la prohibición de la trata transatlántica de esclavos por el Reino Unido (1807/2007) y los Estados Unidos (1808/2008), la forma de abordar la memoria de la prolongada presencia de la esclavitud en las Américas se ha convertido, a principios del siglo XXI, en un tema de intensos debates dentro de los estudios de la memoria en distintos países del hemisferio occidental. Con el proyecto de la “Ruta del Esclavo” la UNESCO tuvo un papel fundamental en abrir los debates sobre la esclavitud, la conmemoración, el patrimonio, la educación y las consecuencias políticas, sociales y económicas. El proyecto se inició oficialmente

a finales de 1994 en una conferencia celebrada en Quidah (Benin). La iniciativa fue lanzada por el gobierno de Haití, 200 años después de la primera prohibición de la esclavitud en el mundo moderno en el marco de la revolución en esa colonia francesa y fue apoyada por varios países africanos. Desde su inicio, el proyecto se concentra en cinco esferas prioritarias, que se ajustan al objetivo general de la UNESCO: documentación, investigación, educación, patrimonio y actividades artísticas y culturales (Pineau, 2012).

En aras del patrimonio material el proyecto propone realizar un inventario y la promoción de los monumentos históricos asociados a la esclavitud lo que comprende además la promoción de programas de conservación, la restauración de monumentos, la creación y desarrollo de museos y exposiciones dedicados al comercio de esclavos y la esclavitud, así como fomentar proyectos de turismo del patrimonio cultural, principalmente en África, donde varios antiguos sitios de embarque de los esclavizados fueron restaurados para atraer el “turismo de raíz”, principalmente de afroamericanos (Museos del Castillo de Cape Coast y de Elmina en Ghana, Museo Nacional de la Esclavitud en Luanda, Angola, castillo en Quidah en Benin o el castillo en la isla de Gorée en Senegal).

En el año 2001, el reclamo de indemnizaciones para los afectados por la esclavitud y el colonialismo fue uno de los temas más controvertidos de la Conferencia Mundial de las Naciones Unidas contra el Racismo (CMCR) en Durban, Suráfrica. La conferencia de Durban también sirvió de plataforma que reunió a activistas de descendencia africana de todo el mundo, especialmente integrando a comunidades dispersas por todas las Américas y el Caribe. Desde la Conferencia de Durban, las personas de descendencia africana son una categoría reconocida dentro de la sección de derechos humanos de las Naciones Unidas que merece especial atención. En consecuencia, las Naciones Unidas crearon en 2003 el Mecanismo de Expertos sobre las Personas de Descendencia Africana, que se reúne desde entonces una vez al año en Ginebra.

En 2013, la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó la resolución 68/237, por la que proclamó el Decenio Internacional de los Afrodescendientes (2015-2024), con el tema *Afrodescendientes: reconocimiento, justicia y desarrollo*. En su programa de actividades se refiere explícitamente a la necesidad de

[...] tributar al reconocimiento a las víctimas y sus descendientes estableciendo monumentos, de no haberlos, en los países que se beneficiaron o fueron responsables de la esclavitud, la trata de esclavos, la trata transatlántica de esclavos y el colonialismo y de tragedias pasadas, así como en los sitios de partida, llegada y reubicación, y proteger los sitios culturales conexos (ONU, 2014).

Más allá de estos foros institucionalizados de reuniones e intercambios, grupos interesados, tanto de activistas como de académicos, han mantenido el tema de las reparaciones y la justicia restaurativa para los descendientes de esclavos en la agenda política y están promoviendo estas reivindicaciones. Dentro de los contextos nacionales, ha aumentado también la presión de los grupos sociales, especialmente de los activistas afrodescendientes, que exigen que la herencia africana y el legado de la esclavitud sean reconocidos en los espacios públicos como parte constitutiva de la historia colonial y poscolonial de las naciones.

Memoria histórica como justicia reparadora

Al tratar cuestiones de crímenes o injusticias históricas, las posibilidades de implementar medidas de justicia reparadora son necesariamente limitadas, ya que tanto las víctimas directas como los perpetradores fallecieron hace tiempo. Pero esto no significa que estas injusticias no tengan repercusiones en el presente, lo que Hirsch (2012) ha acuñado con el término de “postmemoria”. En el contexto de experiencias traumáticas, los supervivientes y descendientes suelen mostrar formas antagónicas de afrontar estos

recuerdos. Por un lado, hay quienes se oponen enérgicamente a la práctica de silenciar e invisibilizar estos agravios del pasado. La adopción de normas morales que alteran la apreciación de actos que en el pasado podrían haber sido de uso y costumbre, omnipresentes y hasta legalizados, hoy en día se consideran atrocidades, crímenes, o incluso actos genocidales. Por supuesto, la mayoría de las víctimas directas de la esclavitud siempre habían tenido estas percepciones y convicciones. Las sociedades contemporáneas, que se habían convencido a sí mismas de que estas acciones del pasado eran reprobables y creaban experiencias traumáticas, así se argumenta, deben de una u otra forma afrontar esta herencia del pasado para curar las heridas duraderas y superar sus legados: el racismo, los prejuicios raciales y las desigualdades basadas en la pertenencia racial. Los mecanismos para conseguirlo son muy variados: desde formas de reconocimiento público y simbólico, conmemoraciones (por ejemplo, pedidos de perdón de los actuales representantes del Estado en nombre de los antiguos mandatarios o de toda la nación), ofrecimiento de redención para las víctimas y sus descendientes, hasta formas de compensación material (reparaciones individuales o colectivas). No abordar estas cuestiones se considera una perpetuación de las prácticas reprochables, una ignorancia de los sufrimientos de las víctimas y una invitación a que la historia se repita.

Este enfoque, sin embargo, está lejos de ser un consenso. En casi todas las sociedades postemancipatorias se ha silenciado activamente durante mucho tiempo el recuerdo de la esclavitud. Mientras que unos lo consideran una injusticia agravante, otros sienten y sienten la necesidad de distanciarse lo más posible de lo que les había sucedido a ellos o a sus antepasados en el pasado. La razón principal de este rehusamiento a confrontar las injusticias del pasado tiene que ver con la vergüenza y sentimientos de culpabilidad. Surge un falso sentido de responsabilidad por no haber sido capaces de oponerse e impedir la victimización. Los afectados suelen ser vistas como débiles, y aunque su destino haya sido producto de la

violencia perpetrada por personas y poderes que las superaron, en las sociedades capitalistas actuales, que se basan en la competitividad interpersonal, estar ubicado en el lado reprimido de la sociedad, se relaciona muchas veces implícitamente con carencias personales. En consecuencia, la vergüenza se hace presente porque, en muchos casos, la victimización estampa una mancha perpetua en la frente de los descendientes. Y en el caso de la esclavitud, esta mancha equivale al color de la piel. Para quienes aspiran a ser plenamente reconocidos como miembros de la sociedad, estar vinculados a un grupo que por diversas razones ha sido excluido, vilipendiado y oprimido durante décadas y siglos, supone una barrera para el ascenso personal y la inserción social. Aunque el discurso público haya cambiado y reconozca las injusticias pasadas que sufrió un determinado grupo, el enfrentamiento y la animadversión que condujeron a este conflicto, a menudo no se han erradicado del todo. Puede que la esclavitud esté (oficialmente) extinguida y erradicada, pero sus secuelas, el racismo persistente y la desigualdad social estructural, definitivamente no lo están.

Entre estas actitudes antagónicas, la discusión sobre cómo memorializar, conmemorar y afrontar lo que la institución de la esclavitud había infligido a las sociedades del hemisferio occidental ha sido y es objeto de debate entre activistas sociales, académicos y actores políticos. No puede haber, por supuesto, una única forma correcta de rescatar esta memoria, ya que se trata de un proceso subjetivo que cada persona afectada debe afrontar a su manera, y que en algunos casos exige distanciamiento, en otros confrontación y denuncia. Lo que complica las posturas es que las acciones de los primeros afectan a los segundos y viceversa. Quienes abogan por hacer visible el pasado violento y traumático de la esclavitud en el espacio público necesitan crear un consenso social que inscriba este tema en la agenda política. Por lo general, los agentes políticos no impulsan estas ideas por sí solos. Deben existir actividades de presión o *lobby* por parte de la sociedad civil y de sujetos afectados para crear un impulso que permita la implementación

de actividades conmemorativas, la construcción de museos o monumentos, o la modificación de los currículos educativos. Para quienes prefieren distanciarse de estos recuerdos, todas estas actividades representan una evocación constante y no deseada y un reto de confrontación con algo que se considera una perturbación desagradable de la vida cotidiana y de su deseo de seguir adelante, de pasar página. En las siguientes secciones, se abordan algunos ejemplos de la inserción de la esclavitud y la trata de esclavos en los espacios públicos en diferentes regiones de las Américas, el Caribe y Europa.

Representaciones artísticas en espacios públicos

En 2019, en un acto sin precedentes, el consejo escolar de San Francisco, California, decidió destruir dos murales que desde 1936 revestían las paredes de una de las escuelas públicas más importantes de la ciudad, la George Washington High-School. Las dos piezas formaban parte de una serie de 13 imágenes que representaban la vida del padre fundador más importante de la nación. Aunque la mayoría de las imágenes muestran a George Washington como exitoso líder militar y estadista en un estilo hagiográfico, el artista, Victor Arnautoff, retrató además dos rasgos distintos de la vida de Washington: en una de las imágenes vemos al primer presidente de los Estados Unidos junto a un par de personas investidas de colonizadores que caminaban literalmente sobre el cadáver de un nativo estadounidense. La otra presenta a George Washington como propietario de su plantación Mount Vernon. Esta escena muestra en el centro del mural a una persona esclavizada pelando mazorcas de maíz mientras que en el fondo aparecen otras personas negras trabajando en las labranzas de la tierra y transportando mercancías pesadas.

Figura 1. Victor Arnautoff – George Washington en Mount Vernon



Fuente: Richard Evans. <https://livingnewdeal.org/the-life-of-washington-murals-explained/>

¿Por qué a más de 80 años de haber sido pintados, estos murales suscitaron de repente protestas y controversias que condujeron a su destrucción? Contrariamente a lo que cabría esperar, los que se manifestaron en contra de este retrato de la vida del padre fundador no eran supremacistas blancos, enfurecidos por su representación como propietario de esclavos y “exterminador de indios”. Quienes exigieron que se taparan o borrarán las imágenes fueron miembros de una asociación de padres de los alumnos afro-estadounidense y nativo-americanos del colegio, que argumentaron que los murales confrontan a los alumnos, sus hijos, con una imagen degradante de cómo fueron tratados sus antepasados durante siglos en Norteamérica. Son retratados como víctimas pasivas de la violencia y la opresión. En su alegato para justificar la decisión de derribar los murales, un portavoz del consejo escolar declaró:

Hace 80 años se cometió un grave error al pintar un mural en una escuela sin contar con la opinión de los nativos americanos ni de los afroamericanos. Para los jóvenes que acuden a la escuela y que son impresionables, tener una representación que menosprecie a las personas, especialmente a los estudiantes de comunidades que han sufrido ya ese menosprecio, es un acto ofensivo. Es hiriente y no creo que nuestros estudiantes tengan que soportar esa carga (Weiss, 2019 [traducción JK]).

La decisión del Consejo Escolar provocó una considerable protesta pública y llevó el asunto a la primera plana de la prensa nacional e internacional. En *change.org* se creó una iniciativa para detener este acto considerado vandálico e iconoclasta.

Sin embargo, lo que quienes criticaron la decisión del Consejo Escolar calificaron como una censurable forma de ocultar y silenciar uno de los capítulos más oscuros de la historia de Estados Unidos requiere preguntarse qué incita a los padres afroestadounidenses del siglo XXI a oponerse activamente a que sus hijos sigan estando expuestos a imágenes de la opresión a la que se enfrentaron sus antepasados. ¿Hasta qué punto estas representaciones denostadas del hombre blanco superior y de los trabajadores negros sumisos y serviles siguen condicionando las nociones de jerarquía social en Estados Unidos (y en otras sociedades posesclavistas)? Si se trata principalmente de denunciar la forma de representación, ¿cuál sería una imagen adecuada para visualizar y conmemorar la esclavitud en el espacio público?

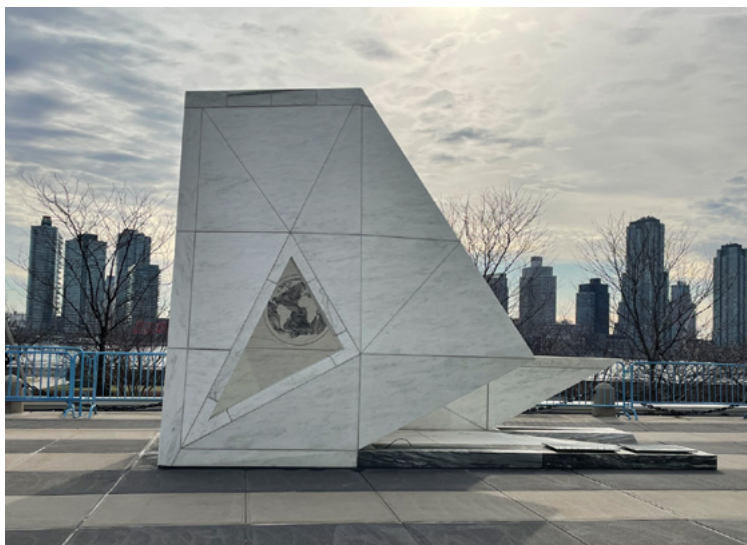
Un año más tarde, en medio de la epidemia global de la COVID-19, la representación de la esclavitud en el espacio público se convirtió en un tema de virulente debate público, después del asesinato de George Floyd en Minnesota, Wisconsin, por un policía, y las protestas del movimiento *Black Lives Matter*. No solamente en los Estados Unidos se atacaron los símbolos de un orden socio-racial identificado como racista, principalmente de la Confederación de los Estados Sureños de la Guerra de Secesión. El caso más sonante y emblemático fue el derribo de la estatua de Edward Colston (1636-1721) en su ciudad natal Bristol en Inglaterra, un comerciante que era responsable del secuestro de probablemente más de 80 mil africanos y de su traslado como trabajadores forzosos al Caribe (Bevan 2022). Las demandas y acciones de derrocar estatuas, monumentos y nombres de calles que homenajean personas responsables de la trata humana, de la explotación esclavista y otros crímenes del colonialismo se convirtieron en un fenómeno

a lo largo y ancho del mundo atlántico y más allá (entre otros Schmieder y Zeuske, 2021).

Mientras que Arnautoff en los años treinta decidió pintar una imagen “realista” de la vida en las plantaciones del siglo XVIII –con o sin una intención denunciadora de la práctica esclavistas– las representaciones recientes de la esclavitud tienden a hacer hincapié en otros rasgos. Por un lado, en vez de mostrar a los esclavizados de forma anonimizada como víctima o como dependiente de la misericordia blanca (como en el famoso amuleto abolicionista “No soy un hombre...”), visualizaciones figurativas enfatizan la imagen de la resistencia y rebeldía, la lucha de los oprimidos. En Brasil, se pueden encontrar estatuas de Zumbi de Palmeras en casi todas las grandes ciudades. Otras estatuas de cimarrones/*maroons* se erigieron por todo el Caribe, entre ellos el monumento al esclavo rebelde en El Cobre, Cuba.

La otra tendencia son las representaciones abstractas que no muestran personas o situaciones específicas, sino visualizan la violencia e injusticia de la situación terrible de los esclavos de manera metafórica, con los grilletes, para evitar denigraciones. Este tipo de monumentos se encuentran en París, Nueva York en la explanada de la sede de las Naciones Unidas (véase Figura 2) y otros espacios públicos dedicados a la memoria de la esclavitud (Ater, 2010). Si bien logran su objetivo de ser más sensibles, a veces el grado de abstracción es tal que sin la información de una placa conmemorativa y explicativa no se relaciona el monumento o la estatua con el contexto de la esclavitud.

Figura 2. Naciones Unidas, Memorial de la esclavitud Arca de retorno



Fuente: DinoSoupCanada (año). Wikimedia Commons.
<https://commons.wikimedia.org/>

Exhibir la esclavitud

Aunque no han estado del todo ausentes, hasta hace poco las referencias a la esclavitud han sido generalmente minimizadas en las exhibiciones de los museos, tanto en las ubicadas en las Américas como en Europa. Si bien hay museos históricos nacionales o regionales que dedican algún salón a las épocas en que la explotación del trabajo esclavo era una parte crucial de la economía y en que la relación amo-esclavo era una categoría determinante del tejido social, reconociendo la explotación laboral de la población afrodescendiente, por lo general los museos históricos retratan a los esclavizados como figuras anónimas, sin una agencia social o política reconocida (Araujo, 2021).

A pesar de que Charles Meyer planteó, ya en la década del noventa, la pregunta de por qué no había ningún museo específicamente dedicado a la historia de la esclavitud en Estados Unidos, tuvieron que pasar otros 10 años para que se establecieran las primeras instalaciones permanentes. En 2004, se inauguró en Cincinnati el *National Underground Railroad Freedom Center* para celebrar la historia de los “héroes de la libertad”. Desde 2007, el *Old Slave Mart* de Charleston (Carolina del Sur) funciona como un pequeño museo centrado en los primeros tiempos del comercio de esclavos, en un lugar donde se vendían esclavizados en subastas públicas hasta 1863. Pero no fue hasta 2016, apenas un par de meses antes de que el primer presidente afroestadounidense, Barack Obama dejara su cargo, cuando abrió sus puertas en Washington DC el *Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericanas*, la última incorporación a las impresionantes instituciones Smithsonian de la explanada nacional en la capital de los Estados Unidos. Construida sobre cuatro plantas, la primera en el sótano alberga la exposición permanente “*Slavery and Freedom 1400-1877*” que contiene más de 1200 objetos. Solamente en 2017, el primer año en que funcionó continuamente, el Museo fue visitado por tres millones de personas (NMAAHC 2018).

Casi una década antes, la apertura del *Museo Internacional de la Esclavitud* en Liverpool, en 2007, para conmemorar el bicentenario de la abolición de la trata transatlántica de esclavos en el imperio británico, supuso un primer gran hito. Por primera vez, la esclavitud se convirtió en el principal objeto de un museo y no se enmarcó en un entorno más amplio en el que solo aparece como un fragmento de la historia de una determinada región o grupo humano.

La falta de recursos públicos, sobre todo en el llamado “Sur Global”, dificulta el establecimiento de sitios de la memoria que se pueden llamar “incómodos”. En Brasil, el *Museo Afro-Brasil*, situado en Sao Paulo, inaugurado en 2004 por iniciativa privada, alberga varias galerías sobre la época de la esclavitud, al tiempo que hace hincapié en las contribuciones culturales de los afrobrasileños al

desarrollo nacional, desde la danza a la música y las artes, pasando por el deporte, la religión y el mundo del espectáculo. El pequeño *Museo do Negro*, ubicada en Río de Janeiro en una nave de la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario y la Hermandad de San Benito Negro, que albergaba desde el siglo XVII la Cofradía de *Nossa Senhora do Rosário dos Homens Pretos*, fue probablemente el primer espacio público específicamente dedicado a conmemorar la época de la esclavitud. Inaugurado en 1938, en el cincuentenario de la abolición en Brasil y cerrado permanentemente desde 2023, el museo expuso sobre todo objetos relacionados con la Cofradía y la Iglesia, pero también vestigios de la época de la esclavitud como herramientas de trabajo y de tortura, o documentos y pancartas de la campaña abolicionista. Sobre todo, cobró atención por la veneración de imágenes de la esclava Anastasia, una santa de la comunidad negra brasileña no reconocida por la Iglesia Católica (Wood, 2011; Araujo, 2021, pp. 50-55).

El primer y todavía único museo monotemático dedicado a la historia de la esclavitud en el Caribe se encuentra en un castillo colonial que domina la bahía de Matanzas, a unos 100 kilómetros al este de la capital La Habana. A principios del siglo XIX, se instalaron en esta región las primeras plantaciones azucareras modernas en Cuba, equipadas con molinos de vapor y conectadas por una de las primeras líneas de ferrocarril del mundo. Antes de su supresión a mediados del siglo XIX, Matanzas era además el segundo punto más importante de desembarco de esclavos africanos en Cuba. Por lo tanto, es un lugar muy adecuado para narrar la historia de la esclavitud en la Isla y más allá. No obstante, es de difícil acceso en el contexto de las condiciones de movilidad y comunicación en la Cuba de hoy.

Aunque el espacio de este impresionante castillo no habría sido una limitación, la exhibición permanente, sin embargo, se reduce nada más a dos pequeñas salas. Dada la enorme importancia de la institución de la esclavitud para la economía y el desarrollo socioeconómico de Cuba y del Caribe en general, esta minúscula extensión

resulta bastante llamativa. Mientras que en la primera sala se exponen elementos característicos (utensilios de castigo y tortura, pinturas de plantaciones, reminiscencias de una comunidad cimarrona), ya en la segunda sala la exposición se aleja del enfoque en el tema de la esclavitud y se dedica a exponer elementos de la religión afrocubana. ¿No hay nada más que decir sobre la historia de la esclavitud en Cuba? ¿Cuál es el motivo de esta muy reducida selección de objetos expuestos, más allá de que el museo fue establecido con muy pocos recursos (30 mil USD aportados por la UNESCO)?

No es el propósito de este texto entrar en un análisis pormenorizado de las colecciones y representaciones museológicas mencionadas hasta ahora. Sin embargo, para futuros estudios que buscan establecer conexiones, diferencias y similitudes, podemos distinguir cuatro formas de la inclusión de la esclavitud en el contexto museológico en la actualidad:

- Museos monotemáticos dedicados a la esclavitud: Liverpool, Matanzas, y unos pocos más.
- Museos dedicados a las contribuciones y herencias de poblaciones afrodescendientes: Washington, São Paulo.
- Museos históricos o náuticos, en los cuales se dedica (una pequeña) parte a la esclavitud o la trata de esclavos en las exposiciones: Museo de las Américas en Madrid y muchos museos de Historia Nacional en diferentes países.
- Exposiciones temporales dedicados a la esclavitud o aspectos especiales: Sobre todo en Inglaterra alrededor del bicentenario de la abolición de la trata transatlántica.

Todavía hay pocos estudios museológicos que analizan estas representaciones (Smith, Cubitt, Wilson y Fouseki, 2011; McAleer, 2013; Galles y de Wolf, 2014; Brooms, 2015; Chiavillón, 2015) y proponen perspectivas didácticas. También faltan todavía investigaciones que comparan y/o conectan las exposiciones. Ulrike Schmieder

(2024), en su monumental obra sobre los sitios de memoria y olvido de la esclavitud en Francia, España, Cuba y Martinica, subraya que, a pesar de ciertos progresos, falta todavía una perspectiva decolonial en los museos. Las y los esclavizados siguen apareciendo por lo general como una masa anónima, reducida a su papel como fuerza laboral explotada.

Por su parte, Ana Lucia Araujo (2021), en su estudio de museos en los Estados Unidos, Gran Bretaña, Brasil y Francia distingue cuatro elementos recurrentes en las representaciones de la esclavitud: la riqueza y el refinado modo de vida de los propietarios y comerciantes de esclavos, los castigos físicos impuestos a las personas esclavizadas, las formas de resistencia contra la esclavitud y los legados actuales de estas atrocidades, especialmente el racismo y la desigualdad racial.

Vestigios materiales y sitios patrimoniales

Mientras que los museos, las exposiciones y obras artísticas son reinscripciones en espacios públicos que pretenden recopilar, exponer o crear artefactos para hacerlos (permanentemente o temporalmente) accesibles al público, los vestigios del pasado esclavista no están totalmente ausentes o borrados de los espacios públicos urbanos, ni en las Américas y el Caribe, ni en Europa. En algunos casos, incluso han resurgido gracias a las excavaciones arqueológicas.

A mediados de los años noventa, en el centro del distrito financiero y administrativo de Manhattan, trabajadores de la construcción descubrieron un gran número de restos humanos. Pronto se comprobó que se había topado con un antiguo cementerio. La verdadera sorpresa surgió cuando quedó claro que no se trataba de un cementerio cualquiera. Los que estaban enterrados aquí eran personas que no reunían los requisitos para ser enterrados en suelo sagrado de las iglesias. Lo que encontraron fue un cementerio

afroamericano del siglo XVIII, que más tarde se conocería como *African Burial Ground*.

15 años después del descubrimiento del cementerio africano en Nueva York, ocurrió algo similar en Río de Janeiro. Durante las obras de construcción destinadas a modernizar la antigua zona portuaria, los trabajadores se encontraron con los restos de la antigua zona de desembarco de esclavos, donde los cautivos que eran traídos de África, eran puestos en cuarentena y posteriormente vendidos. El muelle de Valongo fue inaugurado en 1808, año en que el emperador portugués Joao VI trasladó la sede de su imperio de Lisboa a Río. El embarcadero funcionó hasta la década de 1840, cuando las autoridades lo enterraron bajo muelles más elegantes, diseñados para recibir a la nueva emperatriz de Brasil procedente de Europa. Finalmente, quedó sepultado bajo un vertedero y un barrio residencial portuario, llamado Pequeña África, donde se asentaron muchos descendientes de esclavos tras la abolición definitiva en 1888.

Antes de este redescubrimiento del muelle, la comunidad negra local mostraba escaso acercamiento al patrimonio arqueológico de la esclavitud en la ciudad. Esto cambió con la exhumación del muelle de Valongo. Los activistas han empezado a atribuir importancia política al difícil pasado de los afrobrasileños, promoviendo su materialización en el paisaje conmemorativo de la ciudad (Cicalo, 2015). Después de todo, se cree que Río importó más esclavos que ninguna otra ciudad de América, casi dos millones de africanos a lo largo de más de tres siglos (Karasch, 1987).

Figura 3. Muelle de Valongo, Rio de Janeiro (2024)



Fuente: Jochen Kemner (acervo fotográfico personal).

Como consecuencia de los debates con los habitantes locales de la zona portuaria, activistas y académicos, la ciudad ha instalado placas en las ruinas del puerto de esclavos y un mapa de un circuito del patrimonio africano, que los visitantes pueden recorrer para ver dónde en su día funcionó el mercado de esclavos. Aun así, son muchas las voces que sostienen que estas medidas son demasiado tímidas en comparación con los multimillonarios proyectos de desarrollo que se estaban llevando a cabo con motivo de los Juegos Olímpicos de 2016.

Cerca del muelle de piedra, en el barrio de Gamboa, unos años antes, los vecinos descubrieron durante las obras de remodelación de los sótanos de una casa una fosa común. Resulta que lo que encontraron fueron los restos de un cementerio, el *Cemitério dos Pretos Novos* (Cementerio de los Negros Nuevos) donde las autoridades municipales enterraban apresuradamente a los africanos que morían en la travesía transatlántica o poco después y de cuyos cadáveres los negreros no se había podido deshacer en el mar. El ayuntamiento

mostró poco interés por este descubrimiento y los propietarios de la casa no tenían ninguna intención de abandonar su lugar. Pero llegaron a un acuerdo con una ONG local que instaló un pequeño museo en la planta baja desde donde los visitantes pueden ver algunas de las tumbas. En total, los investigadores suponen que más de 20 mil africanos fueron enterrados en esta zona.

La reconstrucción del centro histórico de La Habana (Ciudad Vieja), es un ejemplo flagrante de la invisibilización de una parte importante de la historia colonial y esclavista de la ciudad. Bajo el liderazgo del historiador de la ciudad Eusebio Leal Spengler se reconstruyeron muchos edificios de la época colonial en la ciudad, para convertirlos en hoteles, restaurantes, tiendas y museos. Como detalla Ulrike Schmieder (2024, pp. 1152-1170) muchos de estos palacios urbanos fueron construidos con ganancias que proceden del tráfico de esclavos y de la explotación de la mano de obra forzosa. Las casas incluso albergaban en sus pisos intermedios esclavos empleados en todos los tipos de servicios domésticos. De todo este pasado de “esplendor” no queda prácticamente ningún resto en una ciudad en la cual vivían a principios del siglo XIX más de 30 mil personas esclavizadas.

En los últimos años, algunas ciudades (Nueva Orleans, Rio de Janeiro, Liverpool, Salvador de Bahía, entre otros) han incorporado el tema de la esclavitud a su oferta de recorridos urbanos de a pie, siguiendo el ejemplo de los “recorridos decoloniales” que existen en muchas ciudades en Europa. A veces son los propios ayuntamientos u oficinas de turismo los que diseñan los *trails*; sin embargo, en la mayoría de los casos, siguen siendo iniciativas privadas y civiles. Para facilitar la experiencia se diseñan aplicaciones móviles para celulares que hacen posible explorar las huellas del pasado esclavista en estas ciudades. Los usuarios pasan por edificios y lugares relacionados con la esclavitud y reciben información adicional sobre estos sitios sin tener que recurrir a un guía local.²

² El recorrido a pie por la trata de esclavos en Nueva Orleans conecta varios lugares situados en el centro histórico de la ciudad, desde Bourbon Street hasta Congo

Reflexiones finales

Además de estos ejemplos presentados aquí brevemente y de otros no mencionados por falta de espacio, se debe de constatar que la inserción de la memoria de la esclavitud haya tenido un avance desigual a lo largo de los últimos treinta años. En gran parte, el llamado “boom de la memoria” sobre la esclavitud que se haya afirmado en algunas publicaciones, se limita al mundo anglófono, a Gran Bretaña y algunas regiones de los Estados Unidos, donde se levantaron monumentos, se fundaron museos y fueron restaurados sitios históricos. Pero de modo general, el tema sigue permaneciendo en el olvido y silenciado en la mayoría de las ciudades a lo largo del continente americano, del Caribe y también en las capitales y ciudades portuarias en Europa que se beneficiaron inmensamente tanto del comercio transatlántico de seres humanos, como de la carga de trabajo que los esclavizados realizaban en estas ciudades y en las plantaciones de los grandes terratenientes que vivían en sus palacios urbanos. Algunos casos de hallazgos arqueológicos fortuitos de vestigios de este pasado, como en Nueva York o Río de Janeiro exigían una respuesta por parte de las autoridades municipales y han logrado movilizar a las comunidades afrodescendientes locales para reclamar medidas de protección de estos legados. Pero no existen iniciativas concertadas para buscar estos vestigios y emprender una labor activa de rescate y restauración. Si se comparan con las iniciativas civiles poscoloniales en Europa, que desarrollaron recorridos por las ciudades para narrar la conexión que estas tuvieron con el comercio, el intercambio y la dominación coloniales, las iniciativas similares localizadas en Río de Janeiro o Nueva

Square. La aplicación ofrece una panorámica histórica de los lugares de comercio de esclavos, invita a los usuarios a escuchar las voces de los esclavizados y examina la importancia de la esclavitud para el crecimiento de la economía estadounidense (New Orleans Slave Trade Marker Tour y Audio Guide, s.f.). <https://www.neworleansslavetrade.org/>

Orleans son todavía meras excepciones que no pueden encubrir un desinterés generalizado a abordar este tema.

Los esfuerzos de conmemoración no suelen trascender la construcción de algunos monumentos. En Brasil, casi todas las ciudades importantes cuentan con un monumento que conmemora a Zumbí, el líder del quilombo de Palmeras en el siglo XVII. Más allá de este caso, los homenajes a personas esclavizadas son casi inexistentes en las Américas, aunque tuvieron gran trascendencia histórica, no solamente como líderes de rebeliones antiesclavistas y hasta anticoloniales (como José Antonio Aponte en Cuba y muchos otros en diferentes escenarios).

Al igual que otras ciudades del país, Nueva York alberga varios monumentos y esculturas de personalidades afroamericanas, como Frederick Douglass –además de dar nombre a un icónico Boulevard dedicado a él en Harlem– o Harriet Tubman. Sin embargo, además del monumento en el Cementerio Africano en Manhattan, solo el Arca del Retorno, diseñado por el arquitecto haitiano-estadounidense Rodney Leon, inaugurado en 2015 y situado en la Plaza de Visitantes de la sede de las Naciones Unidas, está dedicado al Recuerdo de las Víctimas de la Esclavitud y la Trata Transatlántica de Esclavos. Hasta hoy, la oficina de *marketing* de la ciudad no ofrece ninguna conexión entre estos sitios.

A pesar de ciertos avances que se deben constatar desde que la política patrimonial fue insertada entre los objetivos de la Ruta de los Esclavos de la UNESCO en 1994 y como uno de los objetivos del Decenio Internacional de los Afrodescendientes (2015-2024) que acaba de concluir, los resultados hasta ahora no satisfacen las elevadas expectativas. Justamente por la trascendencia de esta institución en la historia de la humanidad desde hace más de 8 mil años (Zeuske, 2017) y su gran apogeo durante la época moderna para crear el mundo atlántico, se echa de menos una cultura memorialística que conecta como la esclavitud haya afectado y moldeado diferentes regiones, sociedades, culturas y economías en las

Américas, África y Europa, y muestra también sus legados persistentes, de racismo, discriminación racial y jerarquías sociales.

Bibliografía

Araujo, Ana Lucía (2010). *Public memory of slavery. Victims and Perpetrators in the South Atlantic*. Amherst: Cambria Press.

Araujo, Ana Lucía (coord.) (2012). *Politics of memory. Making slavery very visible in the public space*. Hoboken: Taylor and Francis.

Araujo, Ana Lucía (2021). *Museums and Atlantic Slavery*. Abingdon: Routledge.

Ater, Renée (2010). Slavery and its Memory in Public Monuments. *American Art*, 24 (1), 20–23.

Berg, Manfred (2009). Historical Continuity and Counterfactual History in the Debate over Reparations for Slavery. En Manfred Berg/Bernd Schaefer (Eds.), *Historical Justice in International Perspective. How Societies Are Trying to Right the Wrongs of the Past* (pp. 69-91). Cambridge: University Press.

Bevan, Robert (2022). *Monumental Lies. Culture wars and the Truth about the Past*. London: Verso.

Bordin, Elisa y Scacchi, Anna (coords.) (2015). *Transatlantic memories of slavery. Reimagining the past, changing the future*. Amherst: Cambria Press.

Brooms, Derrick R. (2012). Lest We Forget: Exhibiting (and Remembering) Slavery in African-American Museums. *Journal of African American Studies*, 15 (4), 508–523.

Chivallon, Christine (2015). Representing the Slave Past: The Limits of Museographical and Patrimonial Discourses. En Nicola Frith y Kate Hodgson (comps.), *At the limits of memory. Legacies of Slavery in the Francophone World* (pp. 25–48). Liverpool: Liverpool University Press.

Cicalo, André (2015). ‘Those Stones Speak:’ Black-Activist Engagement with Slavery Archaeology in Rio de Janeiro. *Latin American and Caribbean Ethnic Studies*, 10(3), 251–270.

Ellis, Clifton y Ginsburg, Rebecca (2017). *Slavery in the City. Architecture and Landscapes of Urban Slavery in North America*. Charlottesville: University of Virginia Press.

Frith, Nicola y Hodgson, Kate (coords.) (2015). *At the limits of memory. Legacies of Slavery in the Francophone World*. Liverpool: Liverpool University Press.

Gallas, Kristin L. y Perry, James DeWolf (2014). *Interpreting Slavery at Museums and Historic Sites*. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.

Hamilton, Douglas; Hodgson, Kate y Quirk, Joel (coords.) (2012). *Slavery, Memory and Identity: National Representations and Global Legacies*. London: Pickering & Chatto.

Hirsch, Marianne (2012). *The Generation of Postmemory: Writing and Visual Culture After the Holocaust*. Nueva York: Columbia University Press.

Huyssen, Andreas (2002). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Jelin, Elisabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Jelin, Elisabeth (2017). *La lucha por el pasado. Cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Karasch, Mary (1987). *Slave life in Rio de Janeiro, 1808-1850*. Princeton University Press.

McAleer, John (2013). 'That Infamous Commerce in Human Blood': Reflections on Representing Slavery and Empire in British Museums. *Museum History Journal*, 6(1), 72-86.

McCarthy, Thomas (2002). Vergangenheitsbewältigung in the USA. On the Politics of the Memory of Slavery. *Political Theory*, 30(5), 623-648.

Organización de las Naciones Unidas [ONU] (2014). *Programa de actividades del Decenio Internacional para los Afrodescendientes* (Resolución A/RES/69/16). <https://undocs.org/es/A/RES/69/16>

Pineau, Marisa (coord.) (2012). *Huellas y legados de la esclavitud en las Américas. Proyecto Unesco La Ruta del Esclavo*. Buenos Aires: Eduntref Univ. Nacional de Tres de Febrero.

Pollock, Michel y Da Silva Catela, Ludmila (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. Buenos Aires: Ediciones al margen.

Quiroz Chueca, Francisco (2016). Historia de muchas ciudades. Esclavitud urbana en las Américas. *RELEA*, 1(1), 29-45.

Rauhut, Claudia (2021). Enfrentando los legados de la esclavitud en el marco de justicia reparativa para el Caribe. Perspectivas transregionales. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 71, 161-178.

Rice, Alan (2012). *Creating memorials, building identities. The politics of memory in the Black Atlantic*. Liverpool: Liverpool University Press.

Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Schmieder, Ulrike y Zeuske, Michael (coords.) (2021). Falling Statues Around the Atlantic. Dossier. *Comparativ, Zeitschrift für Globalgeschichte und vergleichende Gesellschaftsforschung*, 31, 3–4.

Schmieder, Ulrike (2024). *Versklavung im Atlantischen Raum. Orte des Gedenkens, Orte des Verschweigens in Frankreich und Spanien, Martinique und Kuba*. Berlin: De Gruyter.

Smith, Laurajane et al. (Coords.) (2011). *Representing Enslavement and Abolition in Museums: Ambiguous Engagements*. London: Routledge.

Weiss, Bari (28 de junio de 2019). *San Francisco will spend \$600,000 to erase history*. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2019/06/28/opinion/sunday/san-francisco>

Wood, Marcus (2011). The Museu do Negro in Rio and the Cult of Anastácia as a New Model for the Memory of Slavery. *Representations*, 113 (1), 111–149.

Zeuske, Michael (2019). *Handbuch Geschichte der Sklaverei: Eine Globalgeschichte von den Anfängen bis zur Gegenwart*. Berlin: De Gruyter.